

Damián Yáñez Neira

Nuevas restauraciones en la Abadía de Oseira

El año 1990 dejó recuerdo imborrable en los anales del monasterio de Oseira, por el doble galardón de que fueron objeto los monjes. El día 7 de enero, el señor Presidente de la Diputación de Orense, don Victorino Núñez Rodríguez, imponía a la Comunidad Cisterciense de Oseira la MEDALLA DE ORO de la provincia, como reconocimiento público por la abnegada labor restauradora llevada a cabo en el monasterio, que en el espacio de medio siglo ha sido capaz de reconstruirlo con gran maestría y una economía digna del mayor encomio.

Pero no se contentó la Diputación de Orense con hacer este público reconocimiento de la ingente labor realizada a nivel provincial: quiso también fuera reconocida a nivel internacional, y entonces la propia Diputación se encargó de iniciar una serie de trámites encaminados a que el premio EUROPA NOSTRA les fuera otorgado a los monjes.

Todas las gestiones realizadas, obtuvieron feliz resultado, accediendo a la concesión de dicho premio EUROPA NOSTRA, por parte del organismo europeo internacional, encargado de patrocinar la recuperación de las obras de Arte.

El promotor de la restauración

El nombre de don Florencio Cerviño González, que rigió los destinos de la diócesis orensana, en la primera mitad del presente siglo, bien puede ser considerado como el promotor de la restauración de Oseira, por haber sido él quien, con un dinamismo incansable y una férrea voluntad, se encargó de poner en marcha la reapertura del monasterio, condición indispensable para lograr luego su total restauración.

En la década 1920-1930 hizo las primeras gestiones ante la orden cisterciense, para que alguna casa española se comprometiera a llevar a cabo la fundación, pero fracasó su primer intento de instalarse en el viejo edificio la

comunidad cisterciense de Val San José (Madrid). Gestiones llevadas a cabo ante la orden por diversos personajes navarros, lograron que dicha comunidad se trasladara a la Oliva, donde se encuentra actualmente.

No se desalentó el prelado ante el fracaso, sino volvió de nuevo a la carga y al ver que ninguna comunidad española se responsabilizaba, recurrió a Francia, y al fin la tomó a su cargo la abadía de Ntra. Sra. de las Nieves, la cual envió un grupo de monjes en el otoño de 1929, con objeto de acomodar los locales y hacer la inauguración oficial en los primeros meses del año siguiente.

A la llegada de los monjes en 1930, se encontraron con un edificio de proporciones gigantescas, completamente en ruinas, a excepción del templo y alguna otra parte insignificante. Los pisos superiores se hallaban llenos de escombros, con matorrales de toda clase. No se explica cómo aquellos hombres tuvieron aguante para enfrentarse con una situación infrahumana. Pero la gracia de Dios les comunicó esfuerzo para perseverar en la brecha, entregándose con afán incansable a una restauración que admira a todos cuantos fueron testigos de la labor desplegada.

Es encantadora la crónica de aquellos primeros días de estancia en Oseira. Habla de las grandes dificultades de todo género, los monjes carentes de medios de vida, de toda ayuda exterior. “¡Qué desolación produjo la contemplación de tanta grandeza en ruinas! —escribe el cronista—. La yedra, el saúco, la zarzamora y toda clase de arbustos y plantas parasitarias y criptógamas habían invadido claustros, bóvedas y patios, contrafuertes y columnas, echando raíces tan hondas, que en los mismos muros hacía falta el hacha y el pico para cortar troncos y raíces.

El agua desviada de sus primitivos cauces, pululaba libremente cavando los cimientos y los techos, unos hundidos hacía luengos años, otros en tiempo más reciente, otros sin hundir, pero medio destejados, dejaban que la lluvia penetrase desde el último piso hasta la mayor parte de las bóvedas subterráneas cuando éstas no estaban también hundidas.

Todo eran matorrales, montones informes de piedras talladas y labradas, arcos y bóvedas llenos de líquenes de la más caprichosa variedad... Por un lado se veían estatuas decapitadas, por otro pináculos, obeliscos derruidos, por acá puertas y ventanas desvencijadas, por allá escaleras de peldaños desaparecidos, y doquier aparecían esculturas y tallas en madera o piedra, todo estaba mutilado”.

Entre grandes estrecheces económicas, características de los primeros años, se fue aclarando el horizonte, llegando las primeras ayudas, muy escasas, pero con esto poco que se les facilitaba, unido al esfuerzo propio, se lograron verdaderos prodigios de mejoras en una casa, toda ella en las peores condiciones que se puede imaginar.

Primeras restauraciones

Al poco tiempo de instalarse los monjes en Oseira, estalló la segunda república, de signo claramente adverso a la Iglesia, de modo especial contra las órdenes religiosas. No obstante, la comunidad de Oseira nunca fue molestada lo más mínimo, antes pudo seguir su vida normal, dentro de una serie de privaciones de todo género, por cuanto el terreno circundante del monasterio es pobre, y las fuentes de ingresos eran muy escasas.

Al par que los monjes buscaban el sustento de cada día por sus propios medios, iniciaron las primeras obras de restauración sin la menor ayuda, pues el estado no aportaba un céntimo, y en aquellos tiempos no se había despertado aún el fenómeno del turismo. Todo el edificio, fuera de la iglesia y el ángulo del patio de caballeros, donde tenía su vivienda el párroco y la maestra que regentaba una pequeña escuela, estaba a la intemperie, llenos de escombros y maleza.

Los primeros meses los dedicaron a desescombrar y adecentar los distintos locales. Al mismo tiempo se procedió a las primeras restauraciones, una de ellas, la construcción de la fuente del patio de caballeros, realizada por el Hno Esteban, un hermano lego venido de Francia, que dejaría grato recuerdo, porque no sólo adecentó los locales, sino también consolidó muros, pilas-tras, bóvedas y todo aquello que ofrecía mayor peligro de ruina. Tales restauraciones las ejecutaba el hermano en su estilo original, con lo que en pocos años el monasterio cambió de aspecto, o por lo menos no daba la sensación de abandono.

Poco después fueron llevándose a cabo otras restauraciones más importantes, en las cuales ya tomó parte la dirección general de Bellas Artes, pero no debieron ser muy acertadas, por cuanto el cronista de la casa se queja del arquitecto que las dirigía.

La principal labor de los primeros 30 años, podemos resumirla en la consolidación de todo aquello que estaba en peligro inminente de ruina, y en la colocación de una cubierta provisional a la mayor parte del monasterio, con el fin de defender el edificio de los estragos continuos ocasionados por las lluvias, dejando sólo a la intemperie aquellas zonas en que faltaban los muros o bien se hallaban en un estado de conservación deprimente, como era toda la zona que rodea el calefactorio y el llamado dormitorio de ancianos. También se reconstruyeron los dos últimos cuerpos de la torre del lado norte, por haberla destruido un rayo.

Hacia la restauración total

Escasa, insignificante fue la ayuda estatal recibida durante esos treinta primeros años, por lo que las obras no podían ser muy importantes ni costo-

sas. La comunidad hizo esfuerzos notables para salvar el edificio, pero a pesar de todo seguía éste en estado lamentable.

En 1966 se emprendieron las obras con un dinamismo inusitado, gracias a las primeras subvenciones de parte de diversos organismos. Fue acierto indiscutible confiar la administración de estos fondos a la propia comunidad, y la dirección de las mismas a uno de sus miembros, el padre Juan M^a Vázquez Rey, quien mereció toda la confianza de los directivos de Bellas Artes. Gracias a él, y a una economía rigurosa, se ha logrado la restauración total de todo el edificio, en el espacio de veinticinco años.

En 1967 se restauraron la antigua cocina y el local adyacente que sirve hoy de refectorio, se construyó la escalera de bajada a la huerta y se colocó cubierta nueva a la mayor parte de edificaciones que rodean el patio de caballeros.

La obra más destacada del año siguiente fue la reconstrucción total del antiguo calefactorio, del cual habían sido arrancados los sillares y sólo había quedado la gran chimenea apoyada en cuatro columnas graníticas. Fue la parte que más sufrió en el período de abandono, pues se dice que los labriegos subían con sus carros de vacas por la escalera de honor, y bajaban cargados con las piedras de los muros, empleadas para viviendas particulares o bien para cercar las huertas.

Hubo muchas temporadas que no llegaba ayuda alguna y tenían que paralizarse las obras, pero luego se obtenían y proseguía la restauración. En los años 1971-1973, se trabajó activamente en el interior del templo, levantándose todo el piso y sacando un metro de tierra para sanearlo, se colocó una capa de hormigón y piedra nueva, se completaron columnas y capiteles desaparecidos, dejando el templo en la misma sobriedad de estilo en que fue concebido por nuestros antiguos monjes del siglo XII.

Siguieron las obras en distintas zonas, remodelando todo y dejándolo en su perfección inicial. En 1977 se trabajaba activamente en el ala oriental del patio de pináculos, renovando techumbres, muros, pisos y construyendo una serie de habitaciones destinadas a hospedería, dotadas de todos los servicios exigidos por la vida moderna.

A la vez se llevó a cabo otra obra digna del mayor encomio, la restauración de la gran biblioteca. Se conservaba el edificio del s. XVIII, pero vacío, porque la estantería se hallaba en la tribuna de la iglesia. Una vez adecentado el local, fue trasladada a su sitio, completándose la tercera parte de ella, que había desaparecido, en el mismo estilo que tenía antes, resultando una obra primorosa.

Los fondos antiguos de libros desaparecieron por completo, pero hoy se halla otra vez repleta de libros, gracias a los muchos donantes que han cooperado a su enriquecimiento. De tal manera, que hoy puede considerarse el monasterio como un centro cultural de primer orden, por la cantidad de

estudiosos que cada día acuden en busca de noticias para sus trabajos de investigación.

Pero quizá la obra más llamativa y difícil fue la realizada por los años 1980, la restauración de la bóveda gótica del refectorio del s. XVI, de cuatro tramos, con claves colgantes, que se había hundido completamente, a la cual siguió otra no menos importante, la del solarío o terraza que mira al valle, con su preciosa columnata y balaustrada de granito.

Seguidamente se restauró la escalera de los obispos, cuyos peldaños habían desaparecido totalmente. Después se desarrolló una gran labor en el llamado dormitorio de ancianos, un saliente de edificio que se interna en la huerta, con vistas preciosas al valle y muy soleado, en el cual se instaló y vive hoy la comunidad.

En 1986, a los veinte años de iniciarse las obras, se puede decir que el monasterio estaba virtualmente terminado, con admiración de propios y extraños, sobre todo por la gran economía que ha supuesto, por no haberse invertido en él ni cien millones de pesetas, cifra insignificante comparada con la magnitud de las obras.

Hubo luego una interrupción de las obras durante casi dos años, hasta 1989, en que de nuevo se reanudaron.

La Reina doña Sofía en Oseira

Aunque el fallo del premio “Europa Nostra” fue en el mes de enero de 1990, y siendo la Reina de España la encargada de concederlo, por su calidad de Presidenta honoraria de la representación española; hasta el 5 de diciembre no pudo acudir a nuestro monasterio. El viaje desde Madrid lo hizo en avión hasta Vigo, y luego en helicóptero que no encontrando sitio adecuado para aterrizar en los alrededores del monasterio, por hallarse éste en zona montañosa, lo hizo en la aldea de Cotelas, a seis kilómetros de distancia, haciendo luego el viaje en coche. A la puerta del monasterio se hallaban las autoridades autonómicas y provinciales, el abad y prior del monasterio. La comunidad se situó en lugar secundario.

Según el protocolo preestablecido, muy riguroso y detallado, solamente podían saludarla las primeras autoridades, el abad y el prior del monasterio; pero ella, haciendo caso omiso del protocolo, se acercó a la comunidad y fue saludando uno por uno a todos los religiosos. Seguidamente entró en el templo, admirando su grandiosidad, así como la sala capitular o de las palmeras.

Todas las autoridades e invitados se hallaban concentrados en el antiguo refectorio gótico del s. XVI, que fue el lugar escogido para celebrar el acto académico, en el cual intervinieron la presidenta de Hispania Nostra, el Presidente de la Diputación, el Presidente de la Xunta de Galicia. A continuación la Reina entregó al padre abad el premio, consistente en una placa de bronce para colocar en la fachada del edificio, en sitio bien visible y una

medalla de plata. Por último, el padre Abad dom Plácido González Cacheiro pronunció estas palabras:

“MAJESTAD:

EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

COMUNIDAD DE MONJES Y AMIGOS TODOS:

El día 7 de enero del presente año, el Excelentísimo Señor Presidente de la Diputación de Orense, don Victorino Núñez Rodríguez, imponía a esta Comunidad de Monjes Cistercienses la MEDALLA DE ORO de la provincia, como reconocimiento público por la restauración del Monasterio, llevada a cabo por los monjes, en el espacio de medio siglo.

Y no se contentó la Diputación con hacer este público reconocimiento de la ingente labor realizada a nivel provincial, sino quiso que fuera reconocido también a nivel europeo, y fue entonces cuando la propia Diputación inició los trámites para que a nuestra Comunidad se le otorgara el premio EUROPA NOSTRA.

Todas las gestiones realizadas por la Diputación de Orense, obtuvieron un feliz resultado, cual fue la concesión de dicho premio EUROPA NOSTRA, por parte del Organismo Europeo encargado de patrocinar la recuperación de las obras de Arte, cuyos máximos representantes se hallan aquí presentes.

Este monasterio, fundado por monjes del Císter en 1137, abandonado en 1835 a causa de las leyes desamortizadoras, fue saqueado y desmantelado por completo, permaneciendo deshabitado por espacio de un siglo. En 1930 de nuevo tomaron posesión de él los mismos monjes del Císter, hallándolo completamente en ruinas.

Los sesenta años de estancia aquí de la comunidad, han dado como resultado la restauración total del edificio, con la particularidad de haber sido los propios monjes quienes han dirigido las obras, bajo la inspección de Bellas Artes, con ayuda de la misma, de diversos organismos del Estado, y de algunas personas particulares, distinguiéndose entre todos la colaboración de la Diputación de Orense.

Al ver que nuestro esfuerzo ha sido reconocido y premiado, no puedo menos de manifestar mi profundo agradecimiento, y el de toda la Comunidad:

En primer lugar, a su MAJESTAD LA REINA DE ESPAÑA, gran enamorada del arte, que ha tenido la gentileza de desplazarse desde Madrid para presidir este acto, otorgándonos personalmente el PREMIO EUROPA NOSTRA.

En segundo lugar, a LOS DIRECTIVOS DEL ORGANISMO EUROPA NOSTRA, por haberse dignado reconocer el esfuerzo realizado y premiar nuestra labor restauradora.

En tercer lugar a la XUNTA DE GALICIA, que se interesa también por ayudarnos, a través de sus diversos organismos, y a LA EXCELENTÍSIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE ORENSE, que tanto se ha PREOCUPADO para hacer reconocer

nuestro esfuerzo, y por la eficaz ayuda que nos sigue prestando en el momento actual, para culminar las obras que aún faltan”.

Al finalizar el acto, la Reina y su séquito visitaron detenidamente la zona destinada a vivienda de los monjes y la biblioteca, donde firmó un pergamino. Por fin, asistió a un vino de honor, y desde el balcón del patio de medallones escuchó el concierto de la banda de gaitas de la Diputación, unos sesenta números que interpretaron diversas piezas.

Durante el vino de honor, en el que conversó amablemente con todos, le fue entregado un icono —obra del Hno Luis—, que le agradó mucho. En él aparece representada la propia Reina con el príncipe Felipe el día de la primera comunión. Le agradaron tanto los iconos que vio a través de las galerías, que pidió ver el estudio del Hno Luis. Luego le ha hecho otro icono de una Virgen oriental, en una tabla de madera, con una chapa de estaño repujada con gran perfección, que se le ha enviado a la Zarzuela como recuerdo grato de su visita a Oseira.

Antes de despedirse, posó con toda la comunidad para sacar una foto, y de nuevo volvió a saludar amablemente a cada uno de los religiosos. La impresión que llevó del monasterio debió ser muy grata, puesto que sus últimas palabras fueron: ¡HASTA PRONTO!

Restauración del patio de Pináculos

En los últimos meses las obras han estado centradas en el patio de pináculos, que es el situado más al oriente del plano general del monasterio, y también el más antiguo, ya que desapareció el procesional o de medallones, que posiblemente fuera románico, como la iglesia, cuya ejecución debió ser en el s. XIII, para dar paso al renacentista del s. XVI al XVII.

En este claustro de pináculos resalta una peculiaridad. Solamente tiene tres alas, le falta la del poniente, al igual que sucede en el monasterio de Sobrado con el patio grande, que tampoco tiene más que tres alas. Sin duda los primeros monjes se dieron cuenta del problema de la luz: De colocar el ala del poniente, quedaría poco menos que a oscuras la sala capitular y el escritorio o salón de estar de los monjes, por lo que prescindieron de ella.

Es el más esbelto de los tres claustros. Se cubre con bóvedas de crucería, muy elevadas y estrechas, que descansan sobre pilastras apoyadas en contrafuertes lisos, sin más decoración que las molduras en las claves, los pináculos en la parte más alta. Es de notar que estos pináculos habían sido derribados todos ellos y se hallaban dispersos adornando jardines o muros. Pero de nuevo fueron devueltos a su sitio hace unos años, todos los del ala del mediodía y la del oriente, porque los correspondientes al ala del norte no se han encontrado. Se han completado todos.

En los últimos días de diciembre pasado se colocaron seis de los que faltaban, y en marzo los otros cuatro, todos ellos hechos de nuevo por un cante-

ro de la comarca. Han quedado perfectos, completamente idénticos a los antiguos.

Se colocó piso de piedra a todo el claustro y se han hecho unos desagües que desembocan en un canal subterráneo. Se han rematado detalles con tal perfección que quizá no tuviera antes del tiempo de los monjes antiguos. Ha sido una meritoria labor la realizada en este claustro, llevado a cabo gracias a las ayudas de la Diputación de Orense. Al mismo tiempo se ha restaurado la antigua tahona y el molino.

También merece una consignación especial la colocación de los balcones metálicos de la fachada, de hierro forjado, costeados por el Dr. D. Elías Rivas, de Orense, gran bienhechor y entusiasta de Oseira, para agradecimiento perenne no sólo de los monjes, sino también de todos los amantes del monasterio.

La nueva fuente

Quedaría incompleto el patio de pináculos si no se hubiera instalado una nueva fuente en el mismo, sustituyendo a la antigua colocada a fines del s. XVI. Los días 10 y 11 de julio de 1991, se montó la preciosa fuente en el centro del patio, para suplir a la que fue arrancada en tiempos del abandono del monasterio, y que hoy figura posiblemente en la Alameda de Orense. Fue construida por el cantero orensano Nicanor Carballo, con una perfección y estilo que no tiene que envidiar nada a la antigua.

Consta de un pilón inferior polibulado, de grandes proporciones para la recepción del agua. En el centro emerge la columna-soporte principal moldurada, que sostiene los tres cuerpos superpuestos decrecientes, divididos por un plato o bandeja, el primero de grandes proporciones y el segundo menor, decorados con cuatro carátulas de gusto renacentista, de cuyas bocas emergen sendas boquillas por las que arrojan el agua recibida del tercer cuerpo de la parte alta, todavía mucho más pequeño que los dos anteriores.

Este tercero semeja a la forma de un jarrón, soportado por una bandeja con cenefa, mucho más pequeñas que las anteriores, en la que aparecen conchas, de la cual sale el último tramo cuatripartito donde se advierten cuatro rostros de guerreros por cuyas bocas arrojan el agua que salta de bandeja en bandeja hasta recogerse en el depósito inferior. Remata todo el conjunto una especie de obelisco moldurado con un surtidor en la parte más alta.

El conjunto de la fuente no puede ser más armonioso, y realza la majestad del patio.

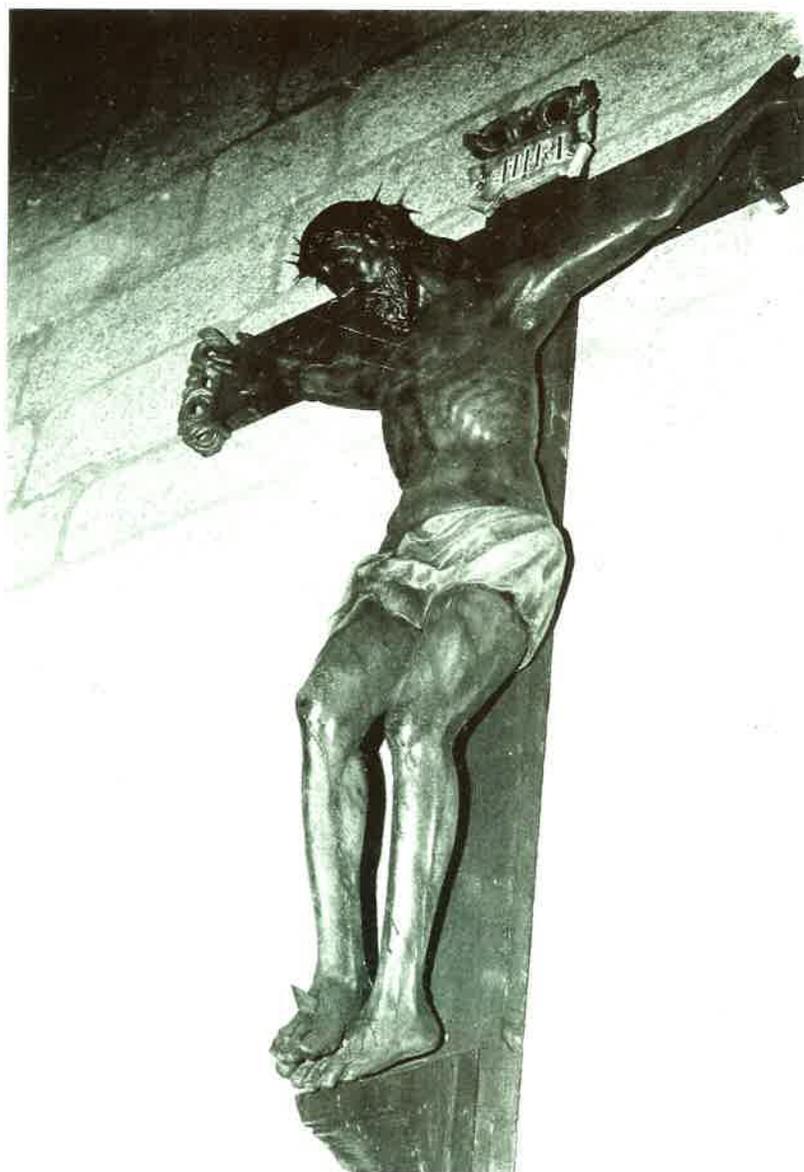
El Cristo de la Vega

Además de la fuente reseñada, queremos dejar aquí constancia de una nueva obra recuperada para el arte. Se trata de una imagen de talla —de autor desconocido— de Cristo crucificado, tamaño natural, del s. XVI, o tal

vez anterior. Se hallaba en las pésimas condiciones, completamente deshecha y en peligro inminente de perderse: le faltaba la cabeza, los pies, las manos, tenía los brazos arrancados y parte del cuerpo carcomido por la polilla, de tal suerte que al simple contacto se deshacía en polvo.

Enviado a Toledo en el otoño de 1989, fue restaurado por el escultor de la Catedral de Toledo, Luciano Fernández, con una maestría tal que le ha devuelto toda su belleza y encanto primitivo, salvando esta nueva joya del peligro que corría de desaparecer. Como no tenía el verdadero rostro de la imagen en que inspirarse, lo hizo en el Cristo de la Vega, de Toledo, imagen de gran veneración en toda aquella tierra.

No sabemos cómo sería la imagen primitiva, pero no creo superara en belleza expresiva a la que ha realizado el artista toledano. Las partes nuevas se hallan tan bien ensambladas con las antiguas, que nadie diría que son piezas nuevas, las más destacadas de la imagen.



Oseira. Santo Cristo del refectorio.